

Oscuridad

George Gordon, Lord Byron 1816
Traducción de Rubén Andrés Martínez

Un sueño tuve, que no del todo un sueño fue:

El sol brillante extinto estaba,
y las estrellas
en el eterno espacio por la oscuridad erraban
sin brillo, y sin rumbo;
y la helada Tierra
ciega y opaca en el aire sin luna se mecía.

La aurora vino y fue
y regresó
sin traer un nuevo día.

Y olvidaron los hombres sus pasiones
en el miedo de aquella
su desolación;
y los corazones todos
volcados fueron en egoísta plegaria por luz.
Y vivieron junto a fogatas.
Y los tronos,
los palacios de reyes coronados,
las chozas,
las moradas de todos los seres vivientes...
quemados fueron en hogueras;
Fueron las ciudades consumidas,
y se reunieron los hombres en torno a sus ardientes hogares
para verse los rostros una vez más.

Felices eran los que habitaban
en el ojo de los volcanes
y su luminosa montaña.

En aterradora esperanza el mundo entero sumido estaba:
fueron los bosques incendiados;
Mas hora a hora
caían y se apagaban.
Y los crujientes troncos
con secos golpes se extinguían.

Y todo era negro.

Las frentes de los hombres bajo la incierta luz
aspecto no terreno cobraron cuando,
titilando
los destellos cayeron sobre ellos;
Algunos se tumbaron
y escondieron sus ojos y gimieron;
Algunos descansaron sus quijadas en sus puños cerrados
y sonrieron;

Y otros huyeron sin rumbo
y alimentaron con aceite sus piras funerales,
con loca ansiedad mirando el cielo opaco
-manto de un mundo pasado-
y entonces de nuevo
con maldiciones las tumbaron sobre el polvo,
crujiendo sus dientes y gritando.

Las aves salvajes chillaron y
aterrorizadas
se revolcaron en el suelo
y recogieron sus inútiles alas.

Las más salvajes bestias
mansas y trémulas se acercaron;
y las víboras reptaron
y se entrelazaron en medio de la multitud
siseantes, pero inofensivas:
fueron muertas como alimento.

Y la Guerra,
que por un momento no lo había sido más,
se sació de nuevo:
un banquete comprado con sangre,
y cada quien hoscamente apartado se sentó
atragantándose en melancolía.

No había amor.

Y la Tierra un sólo pensamiento era:
la muerte inmediata y sin gloria.
Y el dolor del hambre

sobre todas las entrañas cayó.
Y al morir los hombres
sus huesos y carne sin tumba quedaron.

Hambrientos por hambrientos fueron devorados.

Incluso los perros a sus amos atacaron;
todos, excepto uno,
que a un cuerpo fue fiel, y mantuvo a raya
a pájaros, bestias y hombres hambrientos
hasta que el hambre los devoraba,
o los cuerpos que caían
sus vacías quijadas tentaban;
él mismo comida no buscó,
mas con piadoso y perpetuo lamento,
lamiendo la mano que sin caricias respondía,
murió.

La multitud gradualmente devastada por el hambre cayó.

Pero dos de una gran ciudad sobrevivieron,
y eran enemigos:
se encontraron frente a las agonizantes ascuas de un altar,
en donde una pila de objetos sagrados
fuera levantada para un uso no santo;

Atizaron el fuego y,
temblando,
rasparon con sus frías y esqueléticas manos
las débiles cenizas
y con su débil aliento
soplaron por un poco de vida,
e hicieron una llama que era una nadería;
Levantaron entonces sus ojos mientras alumbraba
y contemplaron sus semblantes.
Se miraron, y gritaron,
y murieron.
De su mutuo odio vengados murieron,
desconociendo ellos que sobre sus frentes
el Hambre había escrito Terror.

El mundo vacío estaba;
La populosa y poderosa era una masa
sin estaciones,

sin hierba, sin árboles, sin gente,
sin vida;
Una masa de muerte,
un caos de duro barro.

Los ríos, lagos y océanos
quedaron todos quietos,
y nada en sus silenciosas profundidades se movía.
Barcos sin marineros descansaban
pudriéndose en el mar,
y sus mástiles caían a pedazos;
y al caer dormían en el abismo
sin causar disturbio;

Las olas estaban muertas;
las mareas yacían en sus tumbas:
la Luna, su amante, había expirado antes.
Los vientos estaban secos en el aire estancado,
y las nubes muertas;
La Oscuridad no tenía necesidad de ayuda de ellos:

Ella era el universo.